

José Luis Rénique*

DEL TERROR A LA ESPERANZA: PAISAJES DE LA POSGUERRA CENTROAMERICANA

I

«El Salvador es la más pequeña y turbulenta nación del istmo — dotada de una pasmosa belleza pero maldita por una década de violencia. Sin embargo, a raíz del acuerdo de paz auspiciado por la ONU, es una vez más un destino viable. Si la paz se mantiene, este pequeño país ofrecerá nuevas e interesantes posibilidades. La primera cosa que llama la atención del visitante es la delicada belleza de su geografía. Para aquellos que esperan ver cráteres de bombas o autos quemados, ver un paisaje de suprema fertilidad tal vez sea un poco chocante.»

Cadogan Guides *Central America*, Londres, 1993

1

Es una vista apacible. A los pies del volcán San Salvador, la ciudad se desparrama por colinas y desfiladeros. En las partes altas de la ciudad, en torno a la colonia Escalón, nuevas urbanizaciones ofrecen la imagen de un suburbio norteamericano acomodado, sólo que fortificado. Es un mundo aparte de los barrios populares —Mejicanos, Ciudad Delgado, Soyapango— y del centro de la ciudad que, abandonado a las masas, ha devenido un gran mercado informal, caótico, con fama de peligroso. Varios edificios —incluidos el Palacio Nacional y la Catedral— siguen como los dejó el sismo de 1986. «No vayan» —nos

* Agradezco el apoyo de Perí Paredes, Antonio Crucciani, Juan Polo Amunátegui y el personal del PRODERE en Morazan y Nebaj. A Carmen, Mariana y Luciana Paredes, por su calurosa hospitalidad. Muchas de las observaciones aquí contenidas, de otro lado, se las debo a Blanca Rosa Vélchez, mi esposa. A Carlos Ivan Degregori debo el estímulo que alento mi interés por conocer Guatemala.

dicen— «No vale la pena » Definitivamente, el poder —sus gentes y sus instituciones— se ha mudado a la colonia Escalón y vecindades. Difícil imaginar, mirando la ciudad desde estas alturas de terrazas y albercas, lo que esta nación vivió a lo largo de la pasada década.

Si se mira con atención, sin embargo, puede advertirse algunas huellas del conflicto. La presencia, por ejemplo, de quienes, huyendo de la violencia en el campo, poblaron las escasas áreas vacías de esta ciudad abigarrada. Disimulada por la vegetación, su pobreza rampa entre las residencias, penetrando por las quebradas que separan los barrios bien. Sus «champas» de paja y barro forman ahí una suerte de villas campesinas en miniatura, decoradas por ropas multicolores secándose al sol. Fueron los caminos invisibles que la guerrilla utilizó para desplazarse hacia la colonia Escalón cuando —en noviembre de 1989— lanzó la ofensiva que obligó al gobierno de ARENA a tomar en serio las conversaciones de paz.

Muy cerca de la residencia presidencial, una antigua discoteca exhibe aún las huellas del combate. Da la impresión de una suerte de atalaya fortificada. En noviembre de 1989 devino objetivo militar, cuando los rebeldes decidieron llevar la guerra a los barrios ricos de San Salvador, luego de que el Ejército iniciara el bombardeo indiscriminado de las colonias populares. A poca distancia está el Hotel Sheraton, donde el propio secretario general de la OEA quedó atrapado en el fuego cruzado de guerrilleros y soldados. Mas de 4 000 muertes fueron la secuela de dos semanas de combate encarnizado¹. Ninguna de ellas más debatida e impactante que la de los sacerdotes jesuitas de la Universidad Centroamericana.

El escenario del crimen ha sido convertido en un recordatorio no sólo de las víctimas sino del nivel de barbarie a que llegó esta lucha fratricida. En la antigua sala de estar de la residencia sacerdotal se despliega la memorabilia de la masacre. Un plano describe la ubicación y los desplazamientos de los protagonistas. Las fotos recobran la alevosía del crimen, la indefensión de las víctimas. En unas vitrinas se exhiben las reliquias de esa noche fatal: una biblia perforada por una bala, ropas ensangrentadas, documentos medio quemados.

Los grandes escenarios de la guerra, no obstante, están en el interior del país. En esencia, la salvadoreña fue una insurgencia rural,

1 Los combates ocurridos en varios puntos del país entre el 11 de noviembre y el 4 de diciembre de 1989 produjeron 4 834 bajas. Diversos organismos acusaron a ambas partes —sobre todo al Ejército— de incurrir en violaciones de los derechos humanos. Véase, al respecto, CENTRO UNIVERSITARIO DE DOCUMENTACION E INVESTIGACION «Análisis militar de la ofensiva de noviembre», en *Estudios Centroamericanos (ECA)*, 195 6, enero/febrero de 1990, pp 17-28. INSTITUTO DE DERECHOS HUMANOS DE LA UCA «Los derechos humanos y la ofensiva del 11 de noviembre de 1989», en *ibidem*, pp 59-72 y «Carnage Again. Preliminary Report on Violations of the Laws by Both Sides in the November 1989 Offensive in El Salvador», *Americas Watch Report*, 24 de noviembre de 1989.

por la tierra y democracia –con grandes semejanzas con la Revolución Mexicana, según Joaquín Villalobos²–, cuyos principales actores fueron campesinos. Campesinos como los del departamento de Morazán

2

El oriente salvadoreño comienza en el río Lempa. Lo cruzamos a través de un puente precario. Al lado se ven los restos del monumental puente original, destruido por la guerrilla en 1983. A nuestra izquierda se perfilan las montañas del nororiente del país, bastión del FMLN desde los inicios de la guerra. Pasando San Miguel dejamos la carretera Panamericana –que continúa hacia la frontera con Honduras– para dirigirnos al norte, a San Francisco de Gotera, capital de Morazán.

Esta, a diferencia de San Miguel –un bullente centro mercantil, con decenas de oficinas de envíos a los Estados Unidos–, mantiene un apacible tono provincial. Destaca ahí la presencia de una de las bases militares más importantes del nororiente del país. A través de sus rejas observamos varios helicópteros artillados. A poca distancia del cuartel, asistimos a la inauguración de la Agencia de Desarrollo Económico Local de Morazán (ADEL-Morazán). Uno de sus directivos nos alcanza un folleto: «Creada por las organizaciones productivas del departamento» –dice ahí–, «es un recurso para resolver el desafío del crecimiento económico autosostenido, potenciando el desarrollo humano en el marco de la concertación y de la estabilidad social, un mecanismo dinamizador de las potencialidades locales y que permite el acercamiento hacia el desarrollo local».

A lo largo de la ceremonia, los oradores repiten los mismos temas: esta es la conclusión de un largo proceso, el cese del fuego no fue sino el comienzo de la paz, toca el turno al desarrollo. Todos prometen colaborar y subrayan el papel protagónico de la población local. Los representantes de la cooperación internacional se alternan con los de los viejos contendores. De un lado, los viceministros de agricultura y planificación, el gobernador del departamento, los alcaldes. Del otro, los representantes del Morazán de posguerra: el Patronato de Desarrollo de Comunidades de Morazán y San Miguel (PADECOMSM), la Asociación de Lisiados de Guerra, la Fundación Segundo Montes –creada por los repatriados de Honduras–, los consejos de desarrollo local.

Es difícil imaginar la dimensión de la reconstrucción del departamento de Morazán. La guerra provocó ahí un desplazamiento de enormes proporciones. Muchos fugaron. Quienes permanecieron adopta-

2 SANTOLALLA FRANCISCO «Entrevista con Joaquín Villalobos (FMLN)» en *Ideelé*, N° 35 Lima IDL, marzo de 1992, pp 27-31

ron una vida errante bajo la protección de la guerrilla. Lo notable es cómo, desde la situación de aislamiento a que la estrategia contrainsurgente los condenó, fueron negociando con el Ejército su condición de población civil no-combatiente y restableciendo sus vínculos con el resto del país. Hacia 1990 comenzaron a regresar los refugiados. Hoy, la reconstrucción del departamento no puede decidirse sin su participación. Así lo recuerda el padre Rogelio Poncele, el célebre «párroco guerrillero» que, en 1980, dejó San Salvador para establecerse en las «zonas rojas» de Morazán. Trece años después pronuncia la bendición del local de ADEL. «La inauguración de esta agencia» —afirma— «es posible porque el pueblo demostró su voluntad de participar en la construcción de su destino».

Abordamos al padre Rogelio al final de la ceremonia. Hablamos de la situación, de las esperanzas de la gente, de las incertidumbres de la transición. «Ha habido un cierto relajamiento del trabajo político por parte del Frente en el último año, tal vez debido a la enorme atención que el proceso de paz ha requerido de parte de los dirigentes». Sobre las elecciones de marzo de 1994, comenta que le dan cierto temor «son tan impredecibles», afirma. Su aspecto nórdico destaca entre la concurrencia. Muchos lo saludan con simpatía. Una funcionaria elogia su discurso con especial énfasis. Con una sonrisa cómplice, el religioso belga nos dice «creo que se siente aliviada, tenía miedo de lo que yo iba a decir». El comandante Fito se suma al grupo. Asumió la conducción del Frente nororiental del PRS-FMLN cuando Joaquín Villalobos se trasladó a México para participar en las negociaciones con el gobierno. Hoy, al frente de una ONG, coordina programas de reinserción laboral para los excombatientes. Muchos de ellos son ahora miembros de la Policía Nacional Civil, que el comandante describe como uno de los logros fundamentales de los acuerdos de paz.

La ceremonia es seguida por un almuerzo. Se forman los grupos en largas mesas con manteles blancos. «Los Torogoces» —llamados alguna vez los «beatles» de la Revolución por un entusiasta locutor de la Radio Venceremos— comienzan a tocar. Entonan las canciones de los años heroicos de la guerra. «Patria chiquita mía/mi mamacita chula, /vas a ver qué linda vas a ser cuando seas libre».

Sobre bien servidos platos de guisos y frijoles, los mundos hasta ayer divididos confluyen cautelosos. Por detrás de los músicos, el comandante Fito se retira, camino del centro de Gotera. Habrá de pasar al lado de la base militar, desde donde, unos años atrás, se coordinaban los ataques heliotransportados, estilo Vietnam, que machacaban los baluartes guerrilleros del norte de Morazán. Lo siguen sus guardaespaldas. Desde la firma de los acuerdos de paz, treinta y siete militantes del FMLN han sido asesinados, entre ellos tres destacados comandantes.

3

El norte de Morazán, como toda la región nororiental, es una especie de patio trasero de El Salvador. Un arco montañoso que, marginado del *boom* cafetalero, quedó a expensas de unos cuantos productos exportables –madera, vegetales, henequén– pero, sobre todo, de una precaria agricultura de subsistencia y del trabajo estacional de sus gentes en las empresas capitalistas de la costa.

A lo largo de los setenta, Morazán –como Chalatenango o Guazapa– fue escenario de la creciente tensión entre los ímpetus organizativos de la población rural y los poderes locales. A mediados de década la violencia era ya un hecho cotidiano. En 1980 comenzó la guerra. Después del fracaso de la «ofensiva final» del FMLN, en enero de 1981, vinieron los operativos de «tierra arrasada». Entonces comenzó el éxodo. Las cabeceras municipales fueron las primeras en vaciarse. Luego los cantones y los caseríos, formando un interminable flujo humano que, por diversas rutas, buscaba ganar la frontera. El norte de Morazán es una suerte de lengua montañosa que se mete en Honduras, cuyo territorio la rodea por tres partes. No todos huyeron, sin embargo. Resistieron viviendo a salto de mata mientras, gradualmente, el FMLN se apoderaba de la región, desalojando a los cuerpos de seguridad, a los restos de los poderes locales y a las bases de la Guardia Nacional y de la Policía de Hacienda en las cabeceras municipales.

Hacia 1983 se había formado un nuevo orden bajo control guerrillero, donde «los campesinos podían llevar a cabo sus rutinas cotidianas sin el riesgo de ser arrestados y reprimidos por los escuadrones de la muerte o por los agentes locales del gobierno»³. Incapaz de desalojar a los rebeldes, el Ejército optó por sellar el área, estableciendo un estricto control de la «calle negra» que –dividiendo a Morazán por la mitad– une San Francisco de Gotera con Perquín. Para impedir las incursiones del Ejército, en 1983 la guerrilla voló el puente sobre el Torola. La región quedó aislada. Por el resto de la década los servicios sociales y la actividad estatal quedarían prácticamente interrumpidos. Desde entonces, el río Torola sería la frontera natural entre el «país guerrillero» y el resto de El Salvador.

Diversos autores han analizado los procesos sociales que tuvieron lugar en los espacios bajo control rebelde en diversas partes de El Salvador⁴. Según Binford, en el caso de Morazán se desarrolló una

3 BINFORD, Leigh «El desarrollo comunitario en las zonas conflictivas orientales», *Estudios Centroamericanos (ECA)*, 525-6, enero de 1992, pp 583-603. Según datos del PADECOMSM, 40 de 44 comunidades del norte de Morazán fueron destruidas y/o sus habitantes fueron desplazados por la violencia entre 1980 y 1985.

4 Véase, por ejemplo, CLEMENTS, Charles *Witness to War*. Nueva York: Bantam, 1984. PEARCE, Jenny *Promised Land: Peasant Rebellion in Chalatenango, El Salvador*. Londres: Latin American Bureau, 1986.

forma de «poder popular» sustentado por la protección militar proporcionada por el FMLN. Inicialmente —explica Binford— se impuso una autoridad guerrillera, para la cual los civiles eran un «apéndice del proceso militar». Luego este orden evolucionó, la población pudo organizarse con mayor autonomía, acumulando una serie de experiencias que, hacia el final de la guerra, se va a traducir en una estrategia de desarrollo alternativa al ajuste estructural y a las políticas neoliberales⁵. El proceso culmina en la formación del PADECOMSM, cuyos dirigentes —anota Binford— «hace quince años sembraban milpa y cortaban café» y ahora «diseñan sistemas sociales y económicos complejos, controlan presupuestos de cientos de miles de dólares» y han viajado a Europa o los Estados Unidos como voceros de su organización⁶.

A pesar de la sangre y el éxodo, en otras palabras, la guerra no arrasó con la sociedad. La resistencia es más que un hecho militar. Diversos testimonios revelan los elementos culturales y sociales que le dieron aliento⁷. Su itinerario no se agota en el recuento de victorias y reveses militares. Se expresa a través de las «misas campesinas», la música, la alfabetización, el estilo democrático de los campamentos. Una cultura que fue entretrejiendo experiencias organizativas sindicales y de las «comunidades cristianas de base» con elementos emocionales y morales propios de la vida campesina, cuya función era proteger de la desesperación absoluta a quienes quedaban sin alternativas ante las atrocidades contrainsurgentes⁸. Sus implicaciones prácticas se patentizan en la experiencia de quienes huyeron hacia la vecina Honduras.

Steve y Beth Cagan —un fotógrafo y una trabajadora social estadounidenses— han documentado la historia de los refugiados de Morazán en el campo de Colomoncagua (Honduras) y su reasentamiento en suelo salvadoreño⁹. Ocho mil personas que en su afán de sobrevivir, bajo condiciones extremas de hostilidad y aislamiento, descubren su

5 «El desarrollo comunitario en las zonas conflictivas orientales» ob. cit., p. 584.

6 Ibid. p. 597.

7 Vease, por ejemplo, LOPEZ VIGIL, María. *Marxismo y cristianismo en Morazán. Testimonio del padre Rogelio*. El Salvador: Ediciones Radio Venceremos, 1984, de la misma autora, *Muerte y vida en Morazán*. San Salvador: UCA Editores, 1987; LOPEZ VIGIL, José I. *Las mil y una historias de Radio Venceremos*. San Salvador: UCA Editores, 1993; HENRIQUEZ CONSALVI, Carlos (Santiago). *La terquedad del Izote*. México: Editorial Diana, 1992.

8 A Douglas Kincaid argumenta la importancia que los factores comunales han tenido en las rebeliones campesinas salvadoreñas desde inicios del siglo pasado hasta la insurgencia contemporánea «Peasants into Rebels: Community and Class in Rural El Salvador», *Comparative Studies of Society and History*, 29(3), julio de 1987, pp. 466-494.

9 CAGAN, Steve y Beth CAGAN. *El Salvador: la tierra prometida*. El Salvador: Ediciones Arcoiris, 1993. Vease, también, EDWARDS, Beatrice y Gretta TOVAR SIEBENTRITT. *Places of Origin: The Repopulation of Rural El Salvador*. Boulder: Lynne Rienner Publishers, 1991, y «El retorno de los salvadoreños refugiados en Honduras», Editorial en *Estudios Centroamericanos (ECA)*, 492, octubre de 1989, pp. 777-781.

homogeneidad, reafirman sus valores y consiguen cohesionarse¹⁰ Que, sobre esa base, y con la ayuda del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para Refugiados (ACNUR) y otros organismos internacionales, consiguen establecerse como una comunidad organizada. Nacida, en última instancia, de una decisión colectiva de sobrevivir, la historia de los refugiados de Colomoncagua culmina en una utopía colectiva: fundar una ciudad comunitaria que sea un modelo para Morazán y todo El Salvador.

La utopía se concreta con el apoyo de la cooperación internacional. En enero de 1990 comienza el retorno. Se desarma el campamento de Colomoncagua, y a través de una carretera construida por la ONU con el fin expreso de conducirlos hasta Meanguera —a orillas del río Torola—, cerca de 2 000 familias desandan el camino que, impulsados por el terror, habían recorrido una década atrás. La ciudad Segundo Montes nace dos meses después. Su nombre reafirma la aspiración de fundar un verdadero polo urbano de desarrollo regional y rinde homenaje a su más entusiasta patrocinador, uno de los sacerdotes asesinados en la UCA.

Cruzamos el río Torola casi cuatro años después por el puente de una vía que, desde 1992, reemplaza al original. El viaje lo hacemos con dos dirigentes de la asociación de lisiados, a quienes conocimos en la inauguración de la ADEL. Son la memoria viva de la guerra. Responden a nuestras preguntas con la mayor gentileza. «Por la 'calle negra' no circulaba un alma, estaba bajo control militar. Nos movíamos por los cerros. A mí me dejaron la pierna tiesa con un balazo que me entró por aquí y se quedó acá. Fue aquí en el cerro Gigante», relata Adrián, señalando una de las varias cumbres que nos rodean. «Él» —continúa, aludiendo a su menos locuaz compañero— «cayó en una emboscada acá nomás en el cerro Pericón, también le dieron en la pierna (tiene prótesis), pero a él sí lo agarraron los soldados». Vicente asiente con modestia y se anima a hacer algún comentario. «mis compañeros huyeron, yo no podía caminar. Los soldados me agarraron y me comenzaron a interrogar. Luego me llevaron a la base de Gotera». «Enséñales lo que te hicieron en tu mano», termina Adrián. Vicente nos muestra los cuatro dedos restantes de su mano izquierda. «Me cortaron aquí con el machete, así de un solo tajo». «Ellos estuvieron en el combate del cerro Moscarrón», menciona Mario, el funcionario de la ONU que nos acompaña. Adrián y Vicente asienten.

10 «Los refugiados tuvieron que emprender una campaña de seis años contra la reubicación forzada o repatriación, insistiendo en su derecho de quedarse en Colomoncagua hasta que las condiciones en El Salvador hicieran posible su regreso. La campaña incluyó manifestaciones masivas dentro del campamento, la publicación de numerosas declaraciones dirigidas a la comunidad internacional, y mucha agitación pública.» (Vease CAGAN S y B CAGAN *El Salvador, la tierra prometida*, ob. cit., p. 38).

con una inolvidable expresión de orgullo y picardía. En el santoral guerrillero, esa acción figura como el primer gran triunfo del Frente Nororiental sobre el Ejército salvadoreño. Así lo recuerda otro de sus protagonistas

«Con la batalla del Moscarrón la guerra dio un giro, un salto tremendo. Por de pronto, se acabó la desmoralización. ¿Cien fusiles, doscientos fusiles? ¡Toda la batería de artillería! ¡Tres cañones de 90 milímetros! ¡Ametralladoras pesadas, radios militares, lanzagranadas, miles de cartuchos! Los compas salieron de allí bolos de tanta alegría. No se me olvida una frase que le escuché decir a uno de los campesinos combatientes al regresar a La Guacamaya: ¡cuando yo víde aquel volcán de fusiles, a mí se me llenó la cabeza de felicidad!»¹¹

A poca distancia del puente sobre el Torola se levanta el núcleo central de la ciudad Segundo Montes. Sus casas blancas resaltan en un campo que exhibe aún las huellas del abandono y la destrucción. Muchas están todavía a medio construir. En una de ellas tiene lugar una clase de albañilería. Visitamos las obras y los programas realizados con el apoyo de la ONU a través del Programa de Desarrollo para Desplazados y Repatriados en Centroamérica (PRODERE): los talleres de costura y carpintería, el centro cultural y un moderno centro de rehabilitación a cuyo lado está la fitofarmacia.

Bajamos hacia el Torola acompañando a un equipo de la televisión. En el centro del río, una veintena de niños y unos cuantos adultos se mueven con cierta sincronización. A la distancia da la impresión de ser una ceremonia de bautismo pentecostal. En realidad, las evoluciones son partes de un juego y los ruidos no son himnos sino risas y jolgorio. Es una actividad del programa de recreación. Más tarde, quien la dirige, un joven excombatiente sin un brazo, declara para la televisión: «aquí hay la necesidad de que los niños aprendan a jugar, eso es lo que estamos haciendo enseñándoles a jugar».

Aun antes de la firma de los acuerdos de paz —en enero de 1992—, la presencia de la comunidad Segundo Montes obligó al restablecimiento paulatino de un ambiente de normalidad. La inexistencia de población neutral había sido un principio no declarado en la lucha contrainsurgente. De hecho, el Ejército criticó la decisión de los refugiados de Colomoncagua de instalarse en una «zona roja», controlada por la guerrilla. Aunque la protección de los organismos internacionales daba ciertas garantías ante una eventual incursión militar, había aún numerosas restricciones. A fines de 1991 todavía se requería permiso de la base de Gotera para ir más allá del Torola, sobre todo si se transportaban alimentos y combustible que, según los militares,

11 *Las mil y una historias de Radio Venceremos*, ob. cit., p. 173

podían ir a parar a manos de la guerrilla. En este contexto, poco a poco, la comunidad fue negociando su derecho a circular libremente y a garantizar su abastecimiento. El FMLN se comprometió a mantenerse fuera de sus predios. El Ejército, por su parte, fue relajando los controles.

A su manera, la ciudad Segundo Montes es parte de la insurgencia popular de los ochenta. Su sola existencia es un triunfo, su experiencia sirve de inspiración a otros grupos que retornan. Pero, ¿en qué medida es hoy un proyecto viable? En enero de 1992 la comunidad enfrentó su primera gran crisis. A dos años de la repatriación, terminaba la distribución gratuita de alimentos donados por la Comunidad Europea. Según Steve y Beth Cagan:

«El impacto que tuvo el fin de la asistencia evidenció hasta qué grado los elementos revolucionarios, tal vez utópicos, de su modelo —producción y distribución basados en necesidades, toma de decisiones con base en participación y consenso, relaciones sociales igualitarias— habían dependido de una economía artificial del refugio. Un elemento clave de esta era que los talleres y demás proyectos productivos nunca tenían que alcanzar autosuficiencia económica. En realidad no podían lograrlo. Los proyectos de servicio estaban libres de constreñimientos económicos, ya que el campamento como tal dependía del apoyo externo.»¹²

La comunidad reacciona buscando nuevos convenios o impulsando el Banco Comunal de Morazán (BANCOMO), fundado con base en los aportes de los miembros y donaciones externas. A la larga, los cortes presupuestales se hacen inevitables y son las actividades que mantienen y fortalecen las estructuras comunales las primeras en sufrir el impacto. Hay insatisfacción. La gente se pregunta hasta dónde se puede conceder sin poner en peligro el conjunto del modelo.¹³ Hay nostalgia por la vieja cohesión. Unos rechazan las presiones hacia un comportamiento individual y egoísta promovido por una sociedad competitiva. Otros deciden enfrentar el reto del mercado, acelerando así, sin proponérselo, la desintegración del sueño comunal.

Con la paz viene también el dilema de cómo ensamblar este orden construido «desde abajo» con las instituciones nacionales que comienzan a retornar. Dirigentes de Segundo Montes han estado negociando con los gobiernos municipales del área la forma de preservar la integridad de los proyectos comunitarios, así como el acceso de la comunidad a los fondos nacionales de reconstrucción manejados hoy por los alcaldes nombrados en los ochenta, sin ningún apoyo popular. La expectativa es copar los municipios en las elecciones de marzo de este año,

12 CAGAN, S y B CAGAN *El Salvador, la tierra prometida*, ob cit pp 199-200

13 *Ibid*, p 205

legitimando así la autoridad de hecho que hoy tienen sus dirigentes Temen, sin embargo, ser avasallados por los políticos locales vinculados a ARENA, quienes «quieren desestabilizar nuestros proyectos y poder decir que están haciendo gran cosa para la comunidad, aunque en el pasado no hicieran nada para estos pueblos»¹⁴

Los temores de estos dirigentes son los de muchos otros en toda la región nororiental. Es la propia estructura estatal la que está siendo puesta en cuestión. El presidente Cristiani ha insistido en la prioridad de sus programas sociales para los más pobres. Su impacto a nivel local, sin embargo, es mediatizado por la ausencia de una capacidad administrativa. De ahí que el PADECOMSM, las comunidades eclesiales de base, el Movimiento Comunal de Mujeres y la ciudad Segundo Montes se planteen constituir «un aparato legal para gobernar las áreas de Morazán y San Miguel, al norte del río Torola». De hecho, PADECOMSM está cumpliendo muchas de las tareas que, antes de la guerra, desempeñaban las administraciones municipales¹⁵. En contra de esta tendencia, el gobierno tiende a favorecer la expansión de las estructuras ministeriales, buscando erosionar a las organizaciones surgidas «desde abajo» y, por supuesto, al FMLN. El problema es que si bien los acuerdos de paz otorgan una nueva legitimidad a las estructuras organizativas populares, no es fácil contrarrestar el peso de una arraigada tradición estatal anticampesina¹⁶.

La tierra es otra fuente de incertidumbre. En los territorios controlados por la guerrilla los acuerdos de paz conceden su uso a los actuales ocupantes. La propiedad de las mismas queda por negociar¹⁷. Hace poco tiempo, dirigentes nacionales del FMLN se reunieron con el mayor propietario de Morazán buscando llegar a un acuerdo de venta de tierras. Un representante de la ONU actuó como intermediario. Del éxito de esta negociación —opina nuestro informante— dependerá que otros terratenientes del departamento se animen a realizar transacciones semejantes. En Meanguera, la zona en que se ha establecido la

14 Ibid, p 218

15 BINFORD, L. «El desarrollo comunitario en las zonas conflictivas orientales», ob cit, p 598

16 CARDENAL, Rodolfo «El fracaso del Estado salvadoreño», *Estudios Centroamericanos (ECA)*, 534-35, abril/mayo de 1993, pp 351-375, y SOLLIS, Peter «La disminución de la pobreza en El Salvador. Una evaluación del programa social del gobierno de Cristiani» en *ibid*, 522, abril de 1992, pp 334-354

17 Según Ricardo Córdova Macías, es en el sector agrario donde se hace más patente que los acuerdos de enero de 1992 «no recogieron ninguna reforma o modificación sustantiva de la estructura económico-social». De ahí que la posibilidad de repartir tierras quede supeditada a su disponibilidad en tanto provengan de tres fuentes: a) tierras que excedan el límite constitucional de las 245 Ha, b) tierras que son propiedad del Estado y que no son reservas forestales, y, c) tierras ofrecidas en venta al Estado. (Ver CORDOVA MASIAS, José «Las negociaciones de paz en El Salvador». Documento de trabajo presentado al Seminario Internacional «La violencia política en el Perú», Lima, julio de 1993, p 23)

ciudad Segundo Montes, la mayoría ya aceptó vender. El problema es que algunos propietarios pequeños –incluyendo a excombatientes del FMLN– insisten en recuperar su tierra y no aceptan un arreglo financiero. Es el conflicto entre quienes sienten que la guerra les ha abierto la oportunidad de ir más allá de su condición de campesinos y aquellos otros que quieren volver a vivir como antes, aquellos que, como diría John Womack de los zapatistas de comienzos de siglo, «hicieron una revolución para que nada cambie»¹⁸ «La única manera de avanzar es mediante proyectos colectivos» –declara uno de los miembros de la comunidad– «Si volvemos a ser pequeños agricultores de subsistencia, diez años de guerra no habrán tenido ningún sentido»¹⁹

4

Ante la enormidad del problema de los desplazados centroamericanos, a su manera, los organismos internacionales también han debido forjar su propia utopía. Un planteamiento capaz de trascender la ayuda inmediata, con una propuesta sustentable de largo plazo.

Las respuestas han ido formulándose a la par con el proceso de pacificación. Un hito decisivo fue la Conferencia Internacional sobre los Refugiados Centroamericanos celebrada en Guatemala en mayo de 1989. Ahí se verificó un amplio consenso sobre la necesidad de vincular la solución del problema del «desplazamiento» a los conceptos de paz, derechos humanos y desarrollo, y se acordó crear los mecanismos para la aplicación del nuevo enfoque. En los meses siguientes, una donación del gobierno italiano de 115 millones de dólares, canalizada a través del Programa de las Naciones Unidas (PNUD), permitió iniciar el Programa de Desarrollo para Desplazados, Refugiados y Repatriados en Centro América (PRODERE)²⁰

La cuestión central que el PRODERE se plantea es cómo responder a las necesidades inmediatas creando, al mismo tiempo, las condiciones para un desarrollo sustentable de largo plazo, estableciendo las bases para resolver los problemas que –más allá de la devastación de la guerra– explican la miseria de las poblaciones afectadas: la exclusión, la ausencia de mecanismos participatorios, el reconocimiento de derechos ciudadanos.

En respuesta a la naturaleza centralista y «antiparticipatoria» del Estado centroamericano, el PRODERE ha planteado la formación de

18 *Zapata and the Mexican Revolution* Nueva York: Vintage Books, 1968, p. 14.

19 Citado en CAGAN S y B CAGAN *El Salvador: la tierra prometida*, ob. cit., p. 220.

20 Los párrafos siguientes se apoyan, fundamentalmente, en JESSUP, Francesca «Supporting Peace With Development: Prodere's Strategic Approach to the Problematic of Uprooted Populations», Programa de Desarrollo para Desplazados, Refugiados y Repatriados en Centro América (PRODERE), San Salvador, 18 de noviembre de 1992.

las ADEL como «espacios institucionales para la concertación local y la construcción de consenso a propósito de asuntos de interés común» Espacios en los que «los representantes de la comunidad desplazada/refugiada, de los ministerios, ONG locales y organizaciones sociales trabajen en conjunto para encontrar soluciones a los problemas más acuciantes»²¹ Un factor clave de este proceso es la «reincorporación» del Estado en zonas en las que, históricamente, no ha sido más que una presencia militar Este objetivo se realiza a través de su contribución al fortalecimiento de los gobiernos municipales y la descentralización de los servicios estatales a nivel local en la perspectiva de «construir una relación más efectiva y menos antagónica entre comunidad y Estado»²²

El PRODERE está presente en once áreas de acción o microrregiones en las seis naciones centroamericanas Morazán y la provincia del Quiché —el llamado triángulo ixil, específicamente—, en Guatemala, son dos de ellas «Tenemos que actuar con un gran sentido de equilibrio en áreas aún muy polarizadas», nos explica uno de sus responsables En Morazán PRODERE fue visto, inicialmente, como un programa de contenido contrainsurgente «Para superar esa distorsión hubo que realizar diversas negociaciones», nos explica un funcionario que, para tal fin, se trasladó, en 1991, al propio campamento del comando guerrillero En Nebaj, en la área ixil del Quiché, miembros del *staff* del PRODERE fueron detenidos unos meses atrás por una columna guerrillera «No tenemos ningún problema con ustedes», les dijeron, pero los conminaron a mantener su neutralidad Al menos un vehículo de la ONU ha sido destruido ahí por la guerrilla por alegadas transgresiones a dicha neutralidad

Los funcionarios de PRODERE con quienes conversamos tienen muy claro que la participación de la población en las decisiones y ejecución de obras y programas es vital para la legitimidad del plan en su conjunto Hay, sin embargo, críticas En el campo, algunos promotores lamentan la centralización de las decisiones en las oficinas de la capital, la falta de continuidad en el seguimiento de los proyectos, la incertidumbre laboral En las esferas directivas se menciona la renuencia al cambio dentro del sistema de la ONU, su aferramiento al asistencialismo, su falta de fe «en la necesidad de invertir para crear mecanismos de participación y en capacitar a la población local para que asuma la conducción de sus propios destinos» «El PRODERE» —concluye nuestro entrevistado— «debe ser, sobre todo, un catalizador »

21 *Ibid* , p 25

22 Jessup cita el caso de la región I del PRODERE, en Nicaragua, donde se ha impulsado un comité de desarrollo municipal constituido por desmovilizados del Ejército Sandinista, alcaldes, exrefugiados, exdesplazados internos, ex-«contras» y miembros del *staff* del PRODERE (*Ibid* , p 26)

5

Es la única ruta asfaltada del área, por eso le llaman la «calle negra» Divide al norte de Morazán en dos grandes mitades Ocupa, en los relatos de la guerra, un lugar central Hasta el inicio de los operativos aerotransportados, era la vía principal de la circulación militar, el escenario, por ende, de numerosas emboscadas y enfrentamientos Interrumpida por retenes y puestos de control, su cierre significó la parálisis de la vida económica y social de lo que, desde inicios de los ochenta, los militares catalogaron como «zona roja» Cruzarla fue, en más de una oportunidad, la diferencia misma entre la vida y la muerte

Hoy sigue siendo el centro neurálgico de la región En un sentido distinto, no obstante El transporte público ha reaparecido Circulan bicicletas, motos y camiones con plataformas atiborradas de pasajeros, destacan entre ellos los vehículos blancos de la ONUSAL y de una pléyade de entidades internacionales que, en los últimos años, han llegado a contribuir en la reconstrucción de Morazán Pasando Segundo Montes, las oficinas del BANCOMO concentran una pequeña multitud En las inmediaciones, los vendedores ofrecen sus mercancías y un nuevo restaurante recibe el mediodía con las mesas llenas Es el «Comedor y Cafetín La Guacamaya Subversiva», cuyo nombre recuerda uno de los programas más populares de la Radio Venceremos, una especie de mininovelas cómicas dedicadas a satirizar a los personajes del bando enemigo

A poca distancia, en el caserío Los Quebrachos, las casas de madera se alinean a lo largo de una pista polvorienta, menudean las pintas invitando a votar por el FMLN Cerca del taller comunal de costura, policías españoles e italianos charlan con miembros de la nueva Policía Nacional Civil Ahí nos encontramos con Rufina Amaya, una robusta y tímida mujer cuya sola existencia impide que la memoria de esta guerra cruel quede en el olvido Es la milagrosa sobreviviente de la tristemente célebre masacre de El Mozote Sus brazos llevan aún las marcas de su penoso escape en los días que siguieron a la incursión militar «Dios quiso que viva para contar lo que pasó», comenta doña Rufina, cuyos hijos y esposo, vecinos y parientes, su pueblo entero, desaparecieron de la faz de la tierra en uno de los capítulos más brutales de la guerra salvadoreña

En un notable artículo de reciente publicación, el periodista norteamericano Mark Danner reconstruye y analiza los pormenores de lo ocurrido en El Mozote aquel 11 de diciembre de 1981²³ Durante muchos días los pobladores de varios caseríos fueron arreados a la pequeña capilla de El Mozote, donde serían eliminados sistemáticamente La

23 «The Truth of El Mozote», *The New Yorker*, 6 de diciembre de 1993, pp 50-133

«zona roja» de Morazán había sido completamente aislada del mundo exterior. Conforme los militares se retiraron y los guerrilleros fueron retornando, la noticia de lo ocurrido en El Mozote comenzó a filtrarse. Entrevistado por Danner, el comandante Licho –cuya unidad fue la primera en retornar– declaró

«Era una total desolación. Ni una persona viva, ni una casa que no hubiese sido quemada. Había cuerpos en las casas, en los campos, en los pozos. Reportamos a la comandancia y no nos creyeron, no podían creer que fueran tantos.»

Al retornar, Pedro Chicas –quien había fugado antes de la llegada de las tropas– encontró tantos buitres revoloteando entre los restos que el pueblo «parecía cubierto por una negra alfombra viviente»²⁴. Sus testimonios, como el de la propia Rufina Amaya, sin embargo, no fueron suficientes para revelar «la verdad de El Mozote». Un sofisticado encubrimiento, tan indignante como la propia masacre, fue puesto en marcha para negar los muertos, el dolor, la destrucción.

El Mozote –asevera Danner– representó el clímax de la era de las grandes masacres. Vinieron otras, pero ya no de la misma envergadura. Tal vez porque los militares se sorprendieron de su impacto internacional o porque se dieron cuenta de que, con menos muertos, podían conseguir los mismos resultados, sin despertar la rabia, además, de sus financistas en Washington. Los jefes militares –concluye– se percataron de que con la masacre de El Mozote no sólo se había conseguido la fuga de la mayoría de la población, sino que a los que se quedaron se les había hecho llegar, de manera clara e inequívoca, un mensaje muy simple: que, fueran cuales fueran las circunstancias, la guerrilla no podía protegerlos, y que los militares estaban dispuestos a hacer absolutamente cualquier cosa para no perder la guerra²⁵. El Morazán que surge hoy a la superficie desmiente la rotundidad de dicha apreciación.

Tomaría más de diez años para que «la verdad sobre El Mozote» fuera irrevocablemente respaldada por las pruebas materiales. En octubre de 1992 un equipo de antropólogos forenses argentinos exhumó algunos de los cientos de cadáveres cubiertos por las paredes de adobe de la sacristía y las casas que bordeaban la placita del pueblo.

Hoy, El Mozote y sus vecinos van dejando de ser unos pueblos fantasmas. En la ruta afirmada que la comunica con la «calle negra» se nota actividad. Vemos numerosas casas en construcción que se intercalan con las destruidas en los aciagos días de fines de 1981. Arambala retorna a la vida más rápido aún que El Mozote. Entre las

24 *Ibid.*, p. 92

25 *Ibid.*, p. 124

ruinas de la placita central de este último encontramos a dos mujeres –madre e hija– acompañadas de dos niños, volvieron hace unos meses al lugar en el que perdieron a la mayor parte de su familia, después de una década en la ciudad de San Miguel. Conversamos al lado del modesto monumento que recuerda a las víctimas. Es el perfil de una familia –los padres y dos niños– recortada en metal, sobre un cúmulo de piedras. La placa ha sido sustraída, la reemplaza un simple papel que reproduce el texto original: «Ellos no han muerto, están con nosotros, con ustedes, con la humanidad entera.»

Acalladas las armas, el conflicto continúa en la disputa por contar su historia, por determinar cómo recordarlo, qué memorias conservar. En Perquín, la «capital de la revolución», el FMLN y el consejo municipal que retorna del exilio se han enfrascado en una disputa sobre el destino de la sede de la alcaldía. Una y otra vez tomada por las fuerzas contendientes, semidestruida, la estructura del edificio continúa en pie. Para unos es un monumento a la guerra que debe quedar ahí tal como está, como un testimonio de la resistencia a los devastadores bombardeos de la aviación salvadoreña. Para otros es una ruina inservible que debe dejar paso a una nueva sede municipal. No es, en todo caso, el único recordatorio. Del otro lado de la plaza, la fachada de la capilla ha sido convertida en un colorido mural en el que destaca un enorme retrato de monseñor Romero. Muy cerca de ahí, al final de un camino notablemente pedregoso, está el «Museo de la Revolución Salvadoreña», construido sobre terrenos que están aún por negociar. Nos impresiona su modestia, el orgullo de los guías. Podría decirse que es un museo rural. Acomodado en varias casitas dispersas en que se despliegan las diversas colecciones, fotos, banderas, volantes, uniformes y armamento popular. Una sección aparte está dedicada a la Radio Venceremos. Se ha dejado intacta lo que fue la última sala de transmisión antes de que se trasladara a su actual local en San Salvador. En uno de los espacios abiertos, al lado de un enorme cráter, un letrero indica «agujero de una bomba de 500 libras, 1981». Más allá, la pieza más valiosa del museo: los restos del helicóptero en que viajaba el coronel Monterrosa, abatido por la guerrilla mediante un ingenioso ardid²⁶. Era, para los rebeldes, el responsable de la masacre de El Mozote. Su muerte, en octubre de 1984, dicen algunos, cambió el curso de la guerra. Obligó a muchos a pensar en buscar una solución política negociada al conflicto. «Estaba en Joateca» –nos dice nuestro guía–, «a varios kilómetros de aquí. Lo trajimos hasta aquí antes de que el Ejército le ponga la mano encima.»

26 El episodio es relatado en las memorias del principal locutor de Radio Venceremos, pp. 248-262.

II

«Así es Guatemala De un lado, uno sabe que aquí han ocurrido cosas terribles, que todavía siguen sucediendo, más bien Pero, de otro lado, aquí casi nunca se ven las evidencias Las violaciones de los derechos humanos ocurren usualmente tras puertas cerradas, en áreas remotas del país o por la noche, y de ellas es raro que se comente en la prensa local Lo que uno ve, más bien, es un país cuya belleza no tiene parangón en Centroamérica »

Cadogan Guides, *Central America*, Londres, 1993

1

Guatemala es un país de regiones Es más que un hecho geográfico A los contrastes territoriales se superponen los étnico-culturales y los socioeconómicos No es un fenómeno inusual en el contexto latinoamericano Lo que aquí sorprende son las escalas la profundidad de las brechas, la enormidad de los desbalances entre regiones que coexisten, abigarradas, en un territorio relativamente pequeño

Recorremos en pocas horas algunas de estas Guatemalas De la capital a Antigua viajamos por una vía de alta velocidad Si la primera es una metrópoli con aspiraciones modernas, Antigua vive de su historia Fue la capital hasta 1773, cuando fue destruida por un violento terremoto Semiderruidos, sus principales edificios siguen aún en pie Es lo que le da su sello distintivo Las ruinas de conventos y palacios se entremezclan con casonas señoriales convertidas en hoteles o academias de español con una buena clientela tejana y californiana Es la entrada al país turístico, a los pueblos indígenas de la cordillera occidental, famosos por sus artesanías y sus culturas sincréticas, fascinantes y exóticas

De Antigua hacia el noroeste, las rutas turísticas conducen al lago Atitlán A sus orillas está Panajachel, un pueblo de agricultores reinventado por la presencia foránea A mediados de los setenta, el 80% de su población dependía del turismo²⁷ Para ese entonces comenzaba a construirse una moderna infraestructura hotelera

Al amanecer, los turistas parten a recorrer el lago En la ribera opuesta, los conos perfectos de los volcanes emergen de la bruma mañanera Conforme se despeja vamos identificando este fascinante mundo lacustre los pequeños pueblos desparramados al pie de las colinas, las piraguitas de los pescadores, las milpas de maíz en las

27 HINSHAW, Robert E «Tourist Town amid the Violence Panajachel», en Robert M Carmack, editor *Harvest of Violence The Maya Indians and the Guatemalan Crisis* Norman University of Oklahoma Press, 1988, pp 195-205

pendientes Dispersas entre los caseríos, las residencias de los potentados de Guatemala emergen como cornisas de los peñascos que orillan el lago

En los pueblos, un gran despliegue de artesanías rodea las áreas vecinas a los embarcaderos Las vendedoras ofertan sus productos en inglés o francés, los niños se ofrecen como guías A diferencia de Panajachel, sin embargo, a estos pueblos el turismo sólo los ha tocado indirectamente Santiago Atitlán es uno de ellos Visitamos su iglesia en el momento en que una cofradía indígena da inicio a una ceremonia religiosa Los trajes, los ornamentos de los santos, las nubes de incienso componen esa romántica imagen de los indios y sus culturas de resistencia que tanto atraen a los visitantes Menor atención concita un túmulo de piedra ubicado cerca de la entrada, con una placa que indica que ahí descansan los restos del sacerdote estadounidense Stanley Rother Su historia se entreteje con la del pueblo e ilustra la tragedia que, desde mediados de los años setenta, esta como otras localidades de la sierra occidental tuvieron que enfrentar²⁸

Rother, un conservador misionero de Oklahoma, llegó a Santiago Atitlán en 1968 En poco tiempo –sobre todo gracias a las obras públicas que impulsó– se ganaría el aprecio de todos los sectores de la población local Hacia fines de los setenta los ecos del conflicto sociopolítico nacional comenzaban a sentirse en Santiago Para entonces, la migración a las plantaciones de la costa era ya parte de la vida local El sistema tradicional sufría una erosión acelerada y surgían nuevas alternativas partidos políticos, la Acción Católica, las sectas protestantes En 1978 el Comité de Unidad Campesina (CUC) –cuya base mayoritaria estaba en la costa– distribuyó volantes en el pueblo llamando a los trabajadores migrantes a organizarse para luchar por salarios mínimos y mejores condiciones de trabajo Algún tiempo después, miembros de la Organización Revolucionaria del Pueblo en Armas (ORPA) establecieron bases en las faldas de los vecinos volcanes Tolimán y Atitlán En junio de 1980 hicieron su primera aparición en el pueblo Los testimonios hablan de una recepción cálida Cuatro meses después, el Ejército se establecía en Santiago Comenzó entonces el terror El padre Roth denunció los vejámenes, manteniendo distancias frente a los alzados en armas No fue suficiente En julio de 1981 fue asesinado por una banda de encapuchados

Por ese entonces, las masacres y los arrasamientos de aldeas eran ya, más hacia el norte, hechos de la vida cotidiana Estaba en curso lo que el periodista guatemalteco Víctor Perera ha caracterizado como el capítulo más reciente de la «conquista incompleta» de las áreas maya,

28 La historia del padre Rother es relatada por Víctor Perera en *Unfinished Conquest: The Guatemalan Tragedy* Berkeley University of California Press, 1993

originalmente iniciada en el siglo XVI. Un ciclo violento que en menos de media década dejaría unos 120 000 muertos, 46 000 desaparecidos y 1,5 millones de desplazados²⁹

Del otro lado del lago, el impacto del conflicto sería solamente indirecto. El número de visitantes disminuyó, afectando así a la próspera industria turística. Mientras las regiones aledañas eran devoradas por la violencia, Panajachel seguiría siendo una «isla de tranquilidad» intocada por la represión, donde «no hubo asesinatos, secuestros o torturas, ni quedaron huérfanos o viudas»³⁰

Al atardecer emprendemos el retorno. A la distancia, las torres de los hoteles reflejan el sol crepuscular con una brillantez cegadora, son como atalayas oteando impávidas al país indígena.

2

En Chichicastenango —la ciudad más importante del sur del Quiché— el país turístico y el indígena confluyen y se entremezclan. Más aún un domingo de fines de diciembre, cuando la fiesta de santo Tomás atrae visitantes nacionales y extranjeros.

Los puestos de venta de artesanías ocupan ambos lados de las calles formando un gran bazar de indescriptible colorido que vive de los turistas y que se yuxtapone al mercado de productos locales y artículos de primera necesidad que atrae a cientos de compradores de la región. El eje de los festejos es la plaza central, donde las iglesias de Santo Tomás y el Calvario, ubicadas en sendos promontorios una frente a la otra, recuerdan la estructura de las antiguas ciudades maya. Al mediodía, el sonido atronador de los petardos anuncia el inicio de la procesión. Entre el humo de la pólvora y el incienso aparecen las andas ornamentadas con plumas de colores en hombros de los «principales» de las cofradías. Varias bandas tocan al unísono. Los fieles caen de rodillas. Los turistas huyen de los cohetes, encendidos por pirotécnicos sin rastros de sobriedad. Mientras la procesión abandona la plaza, tres hombres trepan al «palo volador», un mástil de unos 20 metros con una especie de carrusel en el tope clavado en el centro de la plaza. Sus trajes parodian uniformes gachupines y unas máscaras simiescas cubren sus rostros. Desde lo alto, comienzan su «vuelo» atados a una cuerda que va desenrollándose del mástil hasta depositarlos en tierra. Contra el intenso cielo azul, los «danzantes de la muerte» completan su vuelo entre vítores y nuevas rondas de cohetes. La fiesta se prolonga a lo largo de la tarde. Las músicas de marimba ceden su lugar a las «quebraditas» y «nortefías» que, de aquí hasta Los Ángeles, tienen una audiencia vasta.

29 PERERA, V. *Unfinished Conquest: The Guatemalan Tragedy* ob. cit., p. 9.

30 HINSHAW, R. «Tourist Town amid the Violence: Panajachel» ob. cit., p. 196.

Al caer la tarde, en la puerta del hotel Santo Tomás, una hilera de «combis» espera a los turistas que, cargados de compras y extenuados de sincretismo, emprenden el regreso a Antigua o Panajachel. Más allá, la multitud pelea por un lugar en los camiones y buses que hacen la ruta a través de las zonas rurales de Sololá y el sur del Quiché. Nosotros seguimos al norte, al corazón de la Guatemala maya.

3

En Santa Cruz del Quiché –la cabecera departamental– dejamos atrás el asfalto. Una mediocre carretera afirmada nos conduce, en un incesante sube y baja cordillerano, a través de una de las áreas más pobres y marginales de Guatemala.

En el norte del Quiché prevalece el minifundio y la agricultura de autoconsumo. Hay sólo unas cuantas «fincas» cafetaleras ubicadas en las áreas septentrionales que descienden hacia la selva del Ixcán. Por muchos años ya, la región soporta los efectos de una crisis ecológica. A la presión demográfica se sumaron los efectos de la guerra. Como en toda la zona altiplánica, los hombres suelen migrar a la costa en busca de empleo. Sigue siendo, sin embargo, una región distintivamente indígena. El llamado «triángulo» ixil, en particular. Ahí, a diferencia de otras zonas serranas que fueron «ladinizándose» a la par con el incremento de la migración estacional, se afirmó «un núcleo de comunidades indígenas culturalmente hostil, social y políticamente indigerible para el nuevo Estado liberal»³¹.

Pasando Sacapulas, llegamos a la parte más alta del macizo occidental. El paisaje serrano se abre ante nosotros en toda su fascinante magnitud. A la distancia, las cumbres de la cordillera Cuchumatanes parecen olas emergiendo de un mar de nubes. Circulan pocos vehículos. Unos cuantos buses saturados de pasajeros desaffan a los abismos. Predominan las camionetas de los organismos internacionales que, con la atenuación del conflicto, han incrementado su presencia en el área. Los caseríos exhiben los signos de su historia reciente: los letreros de los proyectos y del Ejército de Guatemala («Unete a nosotros a construir la paz»), la profusión de iglesias evangélicas y las pintas llamando a votar por el general Ríos Montt. En algunos hay retenes de la Patrulla de Autodefensa Civil (PAC). En los alrededores los «patrulleros» conversan desaprehensivos, algunos portan viejos fusiles de repetición.

Nuestro destino es la localidad de Nebaj que, con Cotzal y Chajul, son las aristas del llamado «triángulo ixil», un término geopolítico que

31 SMITH Carol A. «Origins of the National Question in Guatemala: A Hypothesis» en C. A. Smith, editor, *Guatemalan Indians and the State 1540 to 1988*. Austin: University of Texas Press, 1990, p. 88.

alude a la disposición territorial y a la filiación étnica de su población mayoritaria. En las historias regionales del conflicto guatemalteco, la suya destaca como la más trágica. Particularmente por el hecho de haber sido elegida por las Fuerzas Armadas como área piloto para la aplicación de un brutal plan contrainsurgente.

En el recuerdo de los nebafeños, los problemas comenzaron con la llegada de las columnas del Ejército Guerrillero de los Pobres (EGP). Mario Payeras —uno de sus fundadores— ha relatado la evolución de su propuesta: su decisión de superar el «foquismo», su revaloración del «problema indígena»³². Varios años tomó desarrollar, a partir del foco inicial en la selva del Ixcán, las redes clandestinas y las columnas que, hacia mediados de los setenta, comenzaron a penetrar en el área Ixil. Hacia 1976, decenas de jóvenes cotzaleños se habían incorporado a la guerrilla. En enero de 1979 el EGP «tomó» Nebaj por primera vez. A lo largo de ese año las acciones rebeldes se incrementaron dramáticamente. En 1980 los militares estimaban que al menos la mitad de la población ixil eran colaboradores activos o potenciales de la guerrilla. Su respuesta fue desatar el terror. Selectivamente primero, masiva y exhaustivamente, después.

Quienes han investigado el período coinciden en señalar las dificultades existentes para estimar con certeza el número de víctimas de la represión³³. Sí queda claro su propósito básico: crear, entre el Ejército y la guerrilla, una completa tabla rasa, eliminando cualquier posibilidad de neutralidad. Lo consiguieron en menos de dos años. No hubo institución que resistiera. Ni siquiera la iglesia católica que, en 1980, luego de sufrir varias bajas, retiró del área a su personal. Los templos fueron ocupados por los soldados. El Ejército se convirtió en la única autoridad. Los miedos y odios de una sociedad polarizada —avivados por el triunfo sandinista en Nicaragua— y el manto protector de la cruzada anticomunista reaganiana coadyuvaron a darle a sus acciones un sorprendente grado de impunidad.

A pesar de que la propia trayectoria de la institución armada hacía predecible una respuesta de tal magnitud, el EGP no contaba con la capacidad de hacerles frente³⁴. Sus redes de apoyo serían diezmadas

32 *Days of the Jungle: The Testimony of a Guatemalan Guerrillero, 1972-1976*. Nueva York: Monthly Review Press, 1983.

33 Entre 1981 y 1984 el municipio de Nebaj pasó de 36 300 habitantes a solamente 15 200 (ver CENTRO DE ESTUDIOS INTEGRADOS DE DESARROLLO COMUNAL *Guatemala: Polos de desarrollo* (volumen II. El caso de la desestructuración de las comunidades indígenas). México: Editorial Praxis, 1990, p. 26).

34 Según Carlos Figueroa Ibarra, el estado militar que surge de la intervención norteamericana de 1954 haría de la violencia un «recurso indispensable» para la reproducción social (FIGUEROA IBARRA, C. *El recurso del miedo. Ensayo sobre el Estado y el terror en Guatemala*. San José, Costa Rica: EDUCA, 1991).

en cuestión de meses³⁵ Entonces comenzó el éxodo Mientras la población rural emprendía la fuga a las montañas, las fuerzas del gobierno quedaban en control del valle, de los pueblos y los caminos A fines de 1980 habían impuesto condiciones Habían logrado lo que en términos contrainsurgentes equivale a «secar el agua», condenando al «pez» a lo que habría de ser una agonía inesperadamente prolongada³⁶ A partir de ahí, aplicaron métodos más sofisticados acciones cívicas, adoctrinamiento y operativos psicológicos, institucionalización de las PAC, establecimiento de «polos de desarrollo» y «aldeas modelo»³⁷

Sobre los escombros del mundo ixil, los militares pretendían instaurar un «nuevo comienzo» A fines de 1982 reconstruyeron Acul, la primera de dieciocho aldeas modelos La idea era concentrar en ellas a la población rural dispersa, previo paso por campos de internamiento como Las Violetas o Xemamatzé, cerca de Nebaj, donde los «capturados» o «entregados» eran sometidos a un proceso de adoctrinamiento mientras se examinaban sus antecedentes Fundamentalmente, la violencia se dirigiría ahora contra las poblaciones «en resistencia» Es decir, aquellos que, según el Ejército, al haber fugado a las áreas controladas por la guerrilla habían optado por alinearse con la subversión

En el papel, las aldeas modelo serían los núcleos de una serie de polos de desarrollo, protegidos por la población organizada en las PAC El Ejército les proveería de infraestructura y servicios, se les darían alimentos a cambio de trabajo y, a través de las Coordinadoras Interinstitucionales —directamente dependientes del jefe del Estado Mayor—, se les daría el apoyo necesario para que, a mediano plazo, consiguieran sobreponerse al abandono y la miseria característicos del Altiplano

35 Sobre los debates y autocríticas al interior de los grupos guerrilleros, vease HARNECKER, Martha *Pueblo en armas* Managua Editorial Nueva Nicaragua 1985 y PAYERAS, MARIO *El trueno en la ciudad Episodios de la lucha armada urbana de 1981 en Guatemala* Mexico Juan Pablos Editores 1987

36 Las siguientes cifras dan una idea de la intensidad de la desestructuración causada por la guerra En 1978 el municipio de Chajul tenía 18 000 habitantes Hacia 1990 tenía solamente 3 000 Entre 5 000 y 6 000 personas vivían en áreas controladas por la guerrilla o en aldeas modelo mientras que alrededor de 4 000 seguían en «la montaña» Nadie sabía cuantos habían fugado a Mexico (ver PERERA, V *Unfinished Conquest*, ob cit p 124)

37 El cambio reflejaba las diferencias en la cúpula militar en torno a la conducción de la guerra y a como enfrentar las crecientes presiones internacionales Los desacuerdos se tradujeron en los golpes de Estado del general Efraim Ríos Montt contra su colega Romeo Lucas García (marzo de 1982) y en el del general Oscar Mejía Victores contra el primero (agosto de 1983) Beatriz Manz examina el debate sobre la cuestión indígena en el seno del Ejército en *Refugees of a Hidden War The Aftermath of Counterinsurgency in Guatemala* Albany State University of New York Press, 1988, pp 18-19 CEIDEC (*Guatemala Polos de desarrollo*, ob cit) y Jean-Marie Simon (*Guatemala Eternal Spring Eternal Tyranny* New York W & W Norton, 1987) describen en detalle la institucionalidad contrainsurgente

Reportes de organismos defensores de derechos humanos e investigaciones individuales ofrecen una descripción detallada de esta fase de la lucha contrainsurgente³⁸. Abundan las comparaciones con las «aldeas estratégicas» impuestas en Vietnam e inclusive con los campos de concentración de la Alemania nazi. Otros equiparan a las aldeas modelo con las reducciones coloniales. Sea como fuere, los testimonios revelan que el proceso de «reubicación» y «estabilización» procedió lento y tortuosamente. El problema clave era cómo atraer a la población «en resistencia». Se utilizó una combinación de fuerza y persuasión. Se impartió una amnistía. El recuerdo de la destrucción de los pueblos, no obstante, así como la propia coerción usada por la guerrilla, no eran obstáculos fáciles de superar.

Ningún reporte, sin embargo, alcanza a transmitir el profundo desprecio por la vida humana que ambos contendores exhibieron, así como la intensidad del sufrimiento consecuente, como lo hacen los propios ixiles, los sobrevivientes del Armagedón militar.

«Han sido tiempos de mucho dolor», nos dice Manuel, un hombre joven de 35 años que reside en las afueras de Acul adonde él y su familia fueron reubicados hacia fines de los ochenta. Manuel nos cuenta de su vida en «la montaña». «Cerca de diez años huyendo» —dice—, «haciendo las milpas a escondidas, moviéndonos de un lugar a otro». Su testimonio —como otros que tuvimos la oportunidad de oír— revela el precario orden instaurado por el EGP: los sistemas de vigías, los comités que se ocupaban de conseguir comida o ropa, los encargados de bajar a los pueblos, traer información, etcétera. El énfasis, sin embargo, está puesto en las necesidades, en la insoportable carencia, en la incertidumbre. «¿En qué momento decidió regresar?», le preguntamos. «Era difícil decidir», responde. «Había que ver qué podía pasarnos. Pero no se podía seguir viviendo sin libertad, no se puede vivir sin libertad».

Acerca de su vida en Acul, Manuel nos cuenta de la falta de espacio para ampliar las viviendas, la dificultad para acceder a la tierra, la obligación de servir en las PAC, lo que quita tiempo para trabajar y que, además, lo mete a uno en problemas, porque los patrulleros cometen muchos abusos. Aprovechando del relajamiento que el sistema ha experimentado en los últimos años, Manuel y su familia se han sumado a un grupo que se ha establecido como a un kilómetro de Acul. Dice que ahora vive mejor. Los habitantes del nuevo núcleo han decidido no patrullar, y hasta ahora nadie los ha obligado a hacer lo contrario. Nos señala su casa, al final de una empinada pendiente que ha ido mejorando poco a poco con la ayuda

38 Vease, por ejemplo los reportes de AMERICAS WATCH *Creating Desolation and Calling it Peace* (1983) *Guatemala: A Nation of Prisoners* (1984), *Civil Patrols in Guatemala* (1986) y *Guatemala: Getting Away With Murder* (1991).

que recibe del PRODERE. Por lo menos ya tiene un techo, en poco tiempo –nos dice ilusionado–tendrá agua. Al alejarnos lo vemos a la distancia, trepando la cuesta, acompañado de su esposa y sus cinco hijos.

Un técnico del PRODERE nos explica que ellos han dirigido mucha de su ayuda a esta población que –como suelen decir en el área– se ha «entregado» recientemente. No sólo la poca asistencia que alguna vez esta población recibía del Ejército es ahora inexistente sino que, además, su condición de «desplazados» y no «refugiados» –puesto que no habían cruzado una frontera nacional– impedía que accediera a la ayuda del ACNUR. Después de los acuerdos de Esquipulas y el inicio de las negociaciones con la guerrilla, la presencia internacional se incrementa. Se respira una atmósfera diferente. Hoy los campos de internamiento ya prácticamente no existen y los aspectos más coercitivos de las aldeas modelos han cesado de funcionar. Desde fines de los ochenta, por ejemplo, ya no se requiere de autorización para salir de las mismas y el Ejército se ha retirado de ellas. No obstante, hasta por lo menos fines de 1992 el Ejército seguía bombardeando los núcleos de población civil desplazada –las llamadas «comunidades de población en resistencia» (CPR)– que aún se mantiene en áreas fuera del control del gobierno. Con la excepción de algunos bolsones en Verapaz y el Petén, se ubican en su mayoría en las selvas del Ixcán y en la sierra ixil, donde –según se estimó a inicios de 1993– quedaban un total de 6 000 y 17 000 personas respectivamente³⁹.

En los centros urbanos, el ambiente de posguerra es aun más evidente. En Nebaj el comercio revive y se establecen negocios que encuentran su clientela en los nuevos vecinos de la localidad. En la pensión en que cenamos preparan mil tamales solicitados por el cuartel para su celebración navideña. La propietaria se apresta a inaugurar un restaurante en un local adyacente. Cruzando la calle, un establecimiento alquila y exhibe videos. Los niños husmean por la puerta entreabierta las últimas hazañas de Terminator y Robocop. El dueño de la única ferretería informa que está por llegar el pedido de pintura celeste –el color distintivo de la ONU– para el local del PRODERE. Las entidades internacionales movilizan el mercado de bienes raíces y lo inflan también. Más importante aún, la presencia foránea apuntala la nueva tranquilidad, proporciona protección. Los promotores que trabajan para la cooperación internacional –hombres y mujeres ixiles muchos de ellos– surgen como los líderes comunales del emergente orden de

39 Véase la entrevista con el sacerdote jesuita Ricardo Falla publicada en *Pensamiento Propio*, N° 100, marzo de 1993, p. 27 así como su libro *Las masacres de la selva*. Guatemala: Editorial Universitaria de Guatemala, 1992. También, FRAYSSINET, Fabiana «Desplazados recuperan sus raíces», *Hombres de Máz* (Revista Centroamericana de Desarrollo Humano), N° 17, noviembre de 1993, pp. 34-36.

posguerra En Las Violetas –en una quebrada adyacente a la ciudad– el centro de internamiento establecido en 1983 no funciona más la fundación «Niños Refugiados del Mundo» ha construido ahí un orfanatorio, un taller de carpintería y un colegio Las «Hermanas de la Caridad» se han hecho cargo de este último En las áreas aledañas se han distribuido tierras a un grupo de viudas desamparadas

La multiplicación de las iglesias evangélicas es otro de los rasgos distintivos de este orden de posguerra Gracias al apoyo recibido del poder militar, según se dice, las sectas protestantes habrían logrado llenar el vacío dejado por la iglesia católica Esta, sin embargo, ha retornado con fuerza Pugnando por recobrar su espacio en la sociedad y en la memoria colectiva En Cotzal, el templo ha sido reconstruido después de servir, por algunos años, como barraca militar En una pared lateral se han colocado decenas de cruces de madera con leyendas como esta

Juan Castro Us
Secuestrado
Año de 1980
18 años

Las últimas corresponden al año 92 Encima de las cruces, una leyenda reza «Y dieron su vida como Jesús » En la iglesia, vacía, conversamos con una dirigente ixil «Fue una época terrible», nos dice «Tantos años perdidos Sólo ahora podemos pensar en el futuro »

En el futuro piensa también una dirigente de la Asociación Chajulense que nos recibe en la bien equipada oficina de la caja de ahorro y crédito que esa institución, de más de 2 000 miembros, ha logrado montar Con el apoyo del PRODERE han construido un planta procesadora de café y un taller textil, cuya producción comienza a ser exportada a Italia y Holanda Están por inaugurar, además, un centro de entrenamiento laboral cuyo personal será financiado por diversas entidades de cooperación A nuestra entrevistada, no obstante, le frustra saber que aún no puede ayudar todo lo que quisiera a la gente que «sigue en la montaña» «Dentro de la Asociación hay temor a vincularse con ellos», nos explica «Son como unos apestados, no tienen derechos, se les rechaza como a unos parias En los últimos tiempos ya vienen hasta el pueblo, al mercado, pero venden sus productos por menos y a la gente de acá eso le da cólera » Su frustración tiene raíces en su experiencia personal Por ocho años, ella y su familia deambularon por la montaña, formando parte de ese limbo conocido como las CPR «Éramos un grupo como de 300 personas de diferentes pueblos», recuerda Le preguntamos por los vínculos que establecieron con la guerrilla «Ellos nos daban orientaciones» –afirma– «Nos pasaban información, nos defendían, pero cada vez que ellos atacaban, los

militares caían sobre nosotros. Además, nos confundían porque hasta 1988 nos insistían en que no regresáramos. Que nos iban a matar, nos decían, y nosotros sabíamos que ya había gente que estaba volviendo. Nos decían que teníamos que permanecer ahí, que siguiéramos haciendo milpas.» Paulatinamente, su relato se transforma en una apremiante evocación. Habla de sus privaciones, del miedo y la incertidumbre, de la desesperación por no poder educar a sus hijos: «En madera, con carbón, les escribíamos las letras y les enseñábamos a leer. Los días soleados eran los peores porque venían los aviones a bombardearnos. Los días nublados, en cambio, nos sentíamos tranquilos y podíamos trabajar con los niños.» En ese punto, abrumada por el recuerdo, nuestra entrevistada rompe a llorar. Se cubre el rostro con la punta de su chompa rosada, pide disculpas y murmura: «Así era, pues, así de duro era.»

4

¿Cuáles son los alcances de esta «victoria» militar? ¿Puede el plan contrainsurgente convertirse en una alternativa de control social a mediano o largo plazo? Ya en 1987, un grupo de investigadores encontraba, al respecto, una situación contradictoria. Aunque en el discurso oficial se seguía sosteniendo que los «polos de desarrollo» eran «la piedra angular de la campaña contrainsurgente en las áreas del norte del país», ellos pudieron comprobar que «el Ejército se había retirado casi por completo de esas áreas»⁴⁰. Gobernaba, para entonces, un régimen civil elegido a través del sufragio y tenían lugar en Madrid los primeros encuentros entre representantes oficiales y de la Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca (URNG), el frente fundado en enero de 1982 por los cuatro grupos guerrilleros actuando en diversos puntos del país. Para muchos, la apertura política no era sino un retro-tático de los uniformados y así parecieron confirmarlo los sucesivos intentos de golpe y la rotunda oposición militar a negociar con los rebeldes⁴¹.

Sean cuales fueren sus orígenes, la apertura política creaba espacios de acción para instituciones como la iglesia católica —que asumiría la defensa de las CPR, abogando por el reconocimiento de su carácter civil y denunciando el constante acoso militar ejercido sobre ellas— y los organismos internacionales —que fueron relevando al Ejército en la atención de refugiados y desplazados. Con el apoyo de estos sectores, en enero de 1993 el primer grupo de más de 2 000 refugiados cruzaría la frontera mexicano-guatemalteca para llegar al

40 CEIDEC *Guatemala Polos de desarrollo*, ob. cit., pp. 254-255.

41 AGUILERA PERALTA, Gabriel. «Violencia y negociación en Guatemala». Ponencia presentada al Seminario Internacional «La violencia política en el Perú», Lima, julio de 1993.

Ixcán después de una suerte de retorno triunfal a través del altiplano y la capital⁴² Era importante –comentó Rigoberta Menchú– «que la gente no volviera en silencio», que los retornados «recuperaran la memoria recorriendo los caminos que antes les sirvieron para su huida»⁴³

¿Hasta qué punto todos estos cambios, la presencia internacional en particular, coadyuvan a una efectiva liquidación del esquema contrainsurgente? La premio Nobel de la Paz es enfática al afirmar que la presencia internacional es crucial en materia de verificación «y no necesariamente para darle consejos a la cancillería guatemalteca» ni para intervenir «en los asuntos internos del país» Lo importante –subraya– es que esos organismos se inserten en la búsqueda de soluciones al largo conflicto⁴⁴ En realidad, los propios funcionarios de la cooperación internacional se preguntan si, a pesar de sus intenciones, su intervención no termina siendo una continuación –salvando distancias, por supuesto– de la fase paternalista del programa contrainsurgente El empantanamiento de los acuerdos de paz –según un funcionario del PRODERE– es en Guatemala una limitación fundamental Así, como la UNRG no es aún un actor válido, no hay un contrapeso al poder estatal Dado el nivel de aplastamiento de la sociedad civil, asimismo, es difícil identificar interlocutores, fomentar la participación La cercanía con las autoridades se hace más visible y hay sectores que desconfían

Como Menchú, muchos otros en Guatemala creen que la reactivación de la sociedad civil es el factor esencial en la lucha por conseguir el derrumbamiento del edificio contrainsurgente y la subsecuente democratización del país Santiago Bastos y Manuela Camus se refieren a la «reconstitución de la sociedad civil» que, con «el protagonismo de las mayorías indígenas», se ha venido configurando de mediados de los ochenta en adelante⁴⁵ Se trata –afirman en coincidencia con el sacerdote Ricardo Falla– de un proceso no visto en la historia de Guatemala desde tiempos de la conquista la participación del indígena como tal en la política nacional⁴⁶ Ciertamente, el proceso organizativo a que estos autores aluden es una realidad insoslayable, que en áreas como el sur del departamento del Quiché ha tenido un impacto importante Ahí, la Coordinadora Nacional de Viudas y el Consejo Nacional de Desplazados han jugado un papel decisivo en la lucha contra las PAC y la protección de los derechos humanos de aquellos a quienes la guerra transformó en parias en su propia tierra

42 «Retorno al Ixcán», *Pensamiento Propio*, N° 100, marzo de 1993, pp 23-24

43 Entrevista en *ibid*, pp 21-22

44 *Ibid*

45 *Quebrando el silencio Organizaciones del pueblo maya y sus demandas (1986-1992)* Guatemala FLACSO, 1993, p 9

46 *Ibid*, p 17

No obstante, lo contradictorio de la situación –así como las dificultades para articular un frente amplio en favor de la democratización del país– se transparenta cuando examinamos situaciones locales como la del triángulo ixil, cuando –más allá de los discursos generalizantes– exploramos la manera concreta en que la población rural fue sobreponiéndose a los efectos de la acción contrainsurgente. Así lo comprueba un estudio recientemente publicado del antropólogo estadounidense David Stoll⁴⁷

Contra lo que suele suponerse –afirma Stoll–, en el triángulo ixil la violencia no tuvo su origen en conflictos internos. A mediados de los setenta –sostiene– el área estaba lejos de ser un polvorín a punto de estallar. La insurgencia, no obstante, echó raíces con celeridad. Lo que se debió, fundamentalmente, a que los campesinos se vieron obligados a optar –en una clásica situación de «violencia dual»– entre el Ejército guatemalteco y las guerrillas del EGP. La ascendencia que estas últimas ganan entre 1979 y 1980, sin embargo, no llega a traducirse en una «institucionalización de intercambios mutuamente beneficiosos», sino más bien en una serie de riesgos y penurias a las cuales el EGP no ofrecería ninguna salida. Así se explica –según Stoll– no solamente la inicial apariencia de apoyo total a la insurgencia, sino también la abrupta evaporación de dicho respaldo, cuando –en aplicación de la segunda fase del plan contrainsurgente– los militares comienzan a «racionalizar el uso de la fuerza» buscando hacerla más efectiva y predecible.

Comienza entonces el esfuerzo por sobrevivir dentro de los parámetros establecidos por los militares, por desprenderse del contacto estigmatizante con la guerrilla y construir con el Ejército una relación de «expectativas mutuas», de acuerdo con la cual si los ixiles demostraban su lealtad participando en las patrullas y aceptando las reglas de las aldeas modelo, aquellos dejarían de tratarlos como simpatizantes de la guerrilla. Con el tiempo –cuando los cambios en la correlación de fuerzas así lo permitieron– comenzarían a hacer demandas limitadas que los oficiales estarían obligados a escuchar. Así, gradualmente, inclusive una entidad de coerción como las PAC devendría una plataforma para «subvertir las demandas del Ejército, reafirmando su autonomía y abriendo espacios para la sociedad civil».

En este proceso, los ixiles elaboran para defenderse una firme posición de neutralidad que se ensambla bien con el lenguaje de renacimiento y salvación personal de las sectas evangélicas que, con apoyo oficial, ocupan el espacio dejado por el retiro de la iglesia católica. Ese discurso no sólo les sirve para distanciarse de la confrontación política, sino también para mirar el mundo de manera más

47 *Between Two Armies in the Ixil Towns of Guatemala*. Nueva York: Columbia University Press, 1993.

pragmática, así como para construir una relación más equitativa con los ladinos. Incorpora, asimismo, un sentido de comunidad que acerca a ixiles y ladinos en la tarea de la reconstrucción.

En su pugna por recobrar autonomía, los ixiles optaron por establecer una serie de reciprocidades morales con los militares. En las condiciones y circunstancias que les tocó vivir, la confrontación no era una opción viable. Su caso ilustra el carácter transitorio del apoyo popular a las insurgencias de base campesina en la que la destrucción causada por la guerra genera un desesperado deseo de estabilidad, a cualquier costo, aun en los términos más abiertamente desfavorables. Es el camino —concluye Stoll— que muchos otros grupos indígenas podrían tomar para —prescindiendo de la izquierda y los movimientos de derechos humanos— reafirmar su autonomía y su propia agenda.

De ser así, ¿se impondría acaso el silencio que, según los grupos de derechos humanos, es el mejor soporte de la impunidad? ¿Podría en tales circunstancias la resolución formal del conflicto conllevar una reformulación seria del papel de las Fuerzas Armadas en la vida guatemalteca?

En sus más de cinco años de duración, las negociaciones de paz en Guatemala se han debatido entre la negativa del gobierno a negociar los aspectos procesales de la rendición y la presión de la sociedad civil por convertirlas en un debate sobre las causas de fondo del holocausto de los años ochenta. El involucramiento de las organizaciones de la sociedad civil en la discusión de los acuerdos ha sido, en este sentido, un avance crucial. La incógnita es —como anota Gabriel Aguilera— si una negociación puede resolver problemas que se han acumulado a lo largo de siglos. Lo más realista sería esperar que se creen las condiciones para afrontarlos dentro de los parámetros de una organización democrática⁴⁸.

En mayo de 1993, la emergente red organizativa jugó un papel central en frustrar el «autogolpe» del presidente Jorge Serrano, que conllevaba la posibilidad de un recrudecimiento de la militarización⁴⁹. El acontecimiento revalidó el lugar central que corresponde a la sociedad civil en el proceso hacia la paz. Así lo confirma el acuerdo firmado en México a comienzos de enero, que marca el reinicio de las

48 AGUILERA PERALTA, G. «Violencia y negociación en Guatemala», p. 32. Para hacer posible la participación de la sociedad civil en el proceso de pacificación se creó un Foro Permanente por la Paz en el que participan representantes de todos los sectores sociales. Según el presidente de la Comisión de Paz gubernamental, «diversos sectores sociales» han acordado participar «siempre y cuando no este en la mesa un grupo armado y creemos que es un punto de vista totalmente respetable» (ver FRA YSSINET, Fabiana. «Los avatares de la paz. Entrevista con Hector Rosada», *Hombres de Maíz*, N° 17, noviembre de 1993, pp. 29-30).

49 HERNANDEZ-PICO, Juan. «Guatemala. ¿Fructificar la democracia?», *Estudios Centroamericanos (ECA)*, 536, junio de 1993, pp. 545-562.

negociaciones a nueve meses del «serranazo» «Las partes coinciden en que la sociedad guatemalteca continúe teniendo un papel esencial en la consecución de la paz y en el proceso de reconciliación»⁵⁰

III

«No quedaron vivos más que la fe y los muertos»

MIGUEL ANGEL ASTURIAS

«Predecir guerras civiles es análogo a predecir terremotos»

STEPHEN J. STEDMAN

El último domingo del año, el aeropuerto de Ilopango hierve de gente con olor a despedida. Agrupadas tras la barrera que separa a viajeros de acompañantes, las familias siguen con sus adioses a los que parten. A bordo de la nave que sobrevuela el Caribe viaja un pedazo múltiple de El Salvador. Un mosaico de sus regiones y grupos sociales. «Tarjetas verdes» los mayores, pasaportes azules estadounidenses los niños. En Miami, frente a un funcionario de Inmigración, la tierra queda —definitivamente— atrás. No más salvadoreños «hispanos» solamente, hasta el próximo año tal vez. Mientras esperamos nuestra conexión al norte, vagamos por el laberíntico aeropuerto internacional de Miami. Ha sido un año bueno, dicen los suplementos de diciembre. El año del temido retorno demócrata. El año de Clinton, a fin de cuentas, consolidado luego de un comienzo incierto. La aprobación del Tratado de Libre Comercio (TLC) —dicen— ha sido su mayor triunfo político. Con el comienzo del nuevo año, toda Norteamérica comenzará a ser un mercado único. De a pocos, el país sale de la recesión. Etnocentristas irremediables hacen extensivo al mundo los síntomas del frágil optimismo local.

A lo largo de la semana, los balances de fin de año mantienen un tono similar. Nadie habla ya del «fin de la historia». La incertidumbre prevaleciente, en un mundo que ha visto derrumbarse medio siglo de certezas, es un hecho demasiado obvio. «El ayer se ha desvanecido», escribe un columnista del *New York Times*. Los precedentes y las analogías propuestas por los historiadores —continúa— son guías poco confiables en un mundo que se ha hecho demasiado voluble⁵¹. El llamado «Año de los pueblos indígenas» ha terminado, recuerda otro. La idea de que las minorías étnicas no tienen derecho a bloquear el desarrollo es una

50 NACIONES UNIDAS «Acuerdo marco para la reanudación del proceso de negociación entre el Gobierno de Guatemala y la URNG» México, 10 de enero de 1994, p. 2

51 ATLAS, James «Yesterday's Gone History Use As a Guidebook Is Overrated», *The New York Times*, 1º de febrero de 1994, sección 4, p. 1

idea cada vez más extendida y respetable. En un momento así, más que celebrarlas, quizá lo más adecuado sea construir a las culturas indígenas un monumento recordatorio⁵². Lejos de señalar el «fin de la historia», el fin de la Guerra Fría parece reproducir la violencia y la arrogancia que, un siglo atrás, se infligió a los cientos de pueblos –a sus gentes y sus culturas– que fueron sacrificados a nombre del progreso.

Al iniciar la redacción de esta crónica me preguntaba dónde colocar –en este fascinante rompecabezas de fin de siglo– las experiencias centroamericanas. ¿Son las insurgencias centroamericanas el fin de una época? ¿Son la paz y la reconciliación bajo el amparo de la ONU los pasos irreversibles hacia un nuevo orden que pondrá fin a la exclusión campesina, que al crear las condiciones de una nueva «seguridad colectiva» elimine las posibilidades de masacres, genocidios y otros crímenes contra la humanidad?⁵³ De repente, los acontecimientos de Chiapas añaden urgencia y complejidad a estas preguntas.

En pocas horas, las acciones del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) toman las proporciones de un terremoto político. Un periodista de *El País* logra poner en palabras la dimensión de la sorpresa. México –afirma– «se acostó el 31 de diciembre como el flamante sur de América del Norte y se despertó al día siguiente como el turbulento norte de Centroamérica»⁵⁴.

Con el correr de los días, los mexicanos comienzan a digerir el desafío. Aunque reconociendo las raíces de la ira chiapaneca, algunos de los más connotados intelectuales mexicanos se apresuran a condenar la insurgencia, subrayando su arcaísmo ideológico y su explotación de la miseria campesina. La participación de elementos urbanos, según ellos, es la prueba palmaria de la ilegitimidad del movimiento⁵⁵. A otros, más que las ambigüedades de su composición, les preocupan sus implicaciones políticas. No es un problema de atraso, de marginación indígena o de aislamiento –afirma Jorge Castañeda–, es ante todo un

52 NOBLE MILFORD, John «Among the Dying Species Are Lost Tribes of Mankind», *The New York Times*, 1º de febrero de 1994, sección 4, p. 1.

53 Véase al respecto, JOHN STEDMAN, Stephen «The New Interventionists», *Foreign Affairs*, vol. 72, Nº 1, 1992-93, pp. 1-16 y DIAMOND Larry «The Global Imperative: Building a Democratic World Order», *Current History*, enero de 1994, pp. 1-7.

54 ORGAMBIDES, Fernando «El 'annus horribilis' de México», *El País*, edición internacional, 31 de enero de 1994, p. 2.

55 PAZ, OCTAVIO «El nudo de Chiapas», *El Diario/La Prensa*, Nueva York, 7 de enero de 1994, p. 22, y WARMAN, Arturo «Chiapas hoy», *La Jornada*, 16 de enero de 1994, p. 1. En «Insurgency: The Transformation of Peasant Rebellion», *World Politics*, vol. 42, Nº 4, julio de 1990, pp. 441-65, Raj Desai y Harry Eckstein subrayan la necesidad de redefinir la noción de «insurgencia». Esta, según ellos, combina a) el «espíritu» de la «rebelión» campesina tradicional, b) la ideología y organización de las revoluciones «modernas», y, c) las doctrinas operativas de la guerra de guerrillas.

problema político⁵⁶ De hecho, Chiapas ha sido uno de los estados donde el gobierno ha concentrado sus mayores esfuerzos y recursos para combatir la pobreza a través de su llamado «programa de solidaridad» Se gastó dinero pero se conservaron e incluso se fortalecieron las estructuras autoritarias y corruptas Los chiapanecos no sólo quieren dinero, sino además «participar en las decisiones de cómo gastan, por quién y dónde «México» –concluye Castañeda– «no puede seguir siendo gobernado como hasta ahora » La pregunta cae por su propio peso ¿hasta qué punto los acontecimientos de Chiapas demuestran que, en Latinoamérica, «la vía armada es todavía transitable»⁵⁷

Los acontecimientos de las semanas siguientes parecen reafirmar la pertinencia de la pregunta Con una presteza política jamás vista en los anales del México priísta, el Estado mexicano procede a dar pasos para garantizar la limpieza de las próximas elecciones, la atención de las demandas regionales y la realización de una negociación seria y efectiva Los ochenta, a fin de cuentas, no han pasado en vano Hacia fines de enero, autoridades y rebeldes establecen las bases para las «pláticas» acortando dramáticamente los tiempos políticos del ciclo conflicto-tregua-negociación Lo que en Centroamérica toma una década, en México toma solamente un mes Los tiempos se abrevian, la historia cobra un ritmo de tropel A inicios de febrero, el «subcomandante Marcos» –a quien unas semanas atrás Octavio Paz y otros describían como un dinosaurio digno del *Jurassic Park*– ha anunciado que, más que derrocar al régimen del PRI, lo que el EZLN busca es la democratización de México Describe la suya como una lucha «antidogmática» y seduce al *establishment* izquierdista mexicano que lo aclama como el primer guerrillero posmoderno⁵⁸

La velocidad con que viajan las imágenes refuerza la sensación de que la política se mueve a un ritmo de vértigo Es la televisión el medio mejor equipado para detectar las nuevas coordenadas de esta antigua lucha campesina por derechos ciudadanos, por incorporación A mediados de enero la televisión trae las imágenes del terremoto de Los Angeles Por la tarde, la nota «humana» en los noticiarios de la televisión «hispana» es el rescate de un salvadoreño, de nombre Salvador, de las ruinas de un aerodinámico parqueo de automóviles En un parque del este de la ciudad, un reportero entrevista a un grupo de damnificados «¿Por qué no se acerca a pedir ayuda?», pregunta a una

56 «El despertar del México bronco», *El País*, 6 de enero de 1994, p 17

57 IBARRA, Emigdio «Chiapas otra vez», *La Jornada*, 16 de enero de 1994, p 17

58 GOLDEN Tim «The Voice of the Rebels Has Mexicans in His Spell», *The New York Times*, 8 de febrero de 1994 p 3 En un último reporte que he podido leer, Golden refiere que «siguiendo el ejemplo de los zapatistas, otros grupos campesinos están tomando delegaciones municipales en diversos puntos del estado de Chiapas», «Awakened Peasant Farmers Overruling Mexican Towns», en *ibid*, 9 de febrero de 1994, p 1

mujer rodeada de niños «Es que no hablo bien *español*», responde En su atuendo reconozco el traje de las mujeres del Quiché

Dos semanas después, un reportaje desde Guatemala nos trae las imágenes de una conferencia de prensa ofrecida por las CPR en el corazón de la selva del Ixcán. Aparte de los corresponsales, asisten varios embajadores europeos. Entonces, por primera vez, puedo ver las aldeas en la montaña, los escondites antiaéreos, la vida a salto de mata de la que nos hablaban en Nebaj a fines de diciembre «Queremos que se conozca nuestra historia, que se nos acepte como verdaderos ciudadanos guatemaltecos», declara a la prensa uno de los dirigentes. No muy lejos de ahí, casi simultáneamente, en alguna parte de la selva Lacandona, un combatiente del «nuevo zapatismo» responde al interrogatorio de un reportero «¿Por qué se han levantado? ¿Por qué cree que es necesario tomar las armas?» «Porque nos tratan como a basura, porque con la política ya no se puede.» Su respuesta apunta a la naturaleza misma de la exclusión campesina, de los factores culturales y sociales que, más allá de los programas de desarrollo y las donaciones internacionales, siguen reproduciendo la incapacidad de estas «patrias criollas» a reconocer como suyos, con pleno ejercicio de sus derechos, a sus campesinos indígenas y mestizos.

A la luz de los hechos de Chiapas, más que el comienzo de una nueva era, la paz centroamericana tal vez deba ser vista como una oportunidad limitada, como una ventana histórica que sería lamentable desaprovechar.